



SOUVENIR: LA MEMORIA DE LOS DESAPARECIDOS

Renán Vega Cantor
Profesor Universidad Pedagógica Nacional



Ilustración: Sair García

“Cuando empezaron a desaparecer
como el oasis en los espejismos
a desaparecer sin últimas palabras
tenían en sus manos los trocitos
de cosas que querían//
están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio / estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor porque vienen del odio”

Mario Benedetti, *Desaparecidos*.

1

La exposición del artista colombiano Sair García tiene un nombre que puede resultar extraño a quienes no conocen el significado de la palabra souvenir. Es un término francés de origen latino que se ha castellанизado y hace alusión al objeto que recuerda la visita a un lugar o, más precisamente, en ese objeto material se atesora la memoria que está asociada al sitio del que procede. Suele ser un objeto pequeño y cuando la persona que lo guarda lo contempla evoca de inmediato el espacio al que se visitó y los eventos que allí vivió. En resumen, el souvenir, asociado a un espacio, mueve fibras de la memoria cuando es observado por

el individuo que lo obtuvo. El souvenir también es un regalo que acostumbran a ofrendar los habitantes de ciertos países de África o del lejano Oriente.

El nexa entre objeto y memoria se explora en esta exposición de Sair García, pero con un énfasis diferente, no asociado al espacio sino al tiempo, puesto que el artista pretende avivar en el espectador el recuerdo de los desaparecidos, cuya imagen se encuentra incrustada en cada uno de los pequeños objetos expuestos. Cada foto –aunque muchas estén borrosas por el paso del tiempo, o por el mal registro que dejaban los aparatos de la época en que fueron tomadas (algunas de ellas hace 25 o 30 años)– parece estar congelada en el tiempo, un momento que corresponde al instante en que se llevaron a la persona desaparecida, o a la última imagen visual que se conserva de esa persona.

En esta exposición, esas fotos cobran vida y parecen hablarle y seguir al espectador con su mirada y su rostro. Desde donde uno observe a la foto que está dentro de ese pequeño cofre, ese rostro nos sigue, como diciéndonos que los desaparecidos no están muertos, que se mantienen vivos en algún lugar, que a la fecha de hoy son idénticos al día y hora en que se los llevaron y que, sobre todo, permanecen en el sentir de sus familiares, quienes portan consigo la terrible angustia de la pérdida y el anhelo –que nunca muere– de verlos aparecer en cualquier esquina, vestidos con la misma ropa que portaban el fatal día que los desaparecieron o con el mismo rostro que se conserva en la foto postrera que estrujan como el último recuerdo visual de su ser querido.

2

Sair García no forma parte de los artistas que le pintan o le esculpen a los poderosos, a los “exitosos”, a los triunfadores. No, él recrea a lo largo de su obra la vida y sufrimiento de los vencidos de Colombia y de otros lugares del mundo. Por eso, entre su producción artística sobresalen obras cuyos protagonistas son los desterrados, como lo evidenció en su exposición éxodos. También recoge la tragedia del



Ilustración: Sair García

Río Magdalena y de los habitantes ribereños, quienes soportan la destrucción ambiental y humana, como lo muestra en su exposición *Magdalena*. De la misma forma, su producción artística alude a la desolación que reina en un territorio tras la incursión de grupos de asesinos, oficiales o parainstitucionales, que matan a muchos de sus habitantes y obligan a los que sobreviven a huir, como resultado de lo cual los lugares abandonados se convierten en pueblos fantasmas, vacíos y saqueados, como lo plasma en su serie de pinturas *Atmósferas* y *palafitos*. Sobre estas veinte pinturas ha dicho Sair García: “La idea es mostrar lo que quedó en pueblos y terrenos baldíos y la nueva realidad a la que se tienen que enfrentar sus habitantes”.

En su obra artística influye en forma directa las circunstancias y el lugar en donde nació y vivió su infancia y juventud, el puerto petrolero de Barrancabermeja, crisol de opresiones, saqueos, injusticias, destrucción ambiental, pero también de luchas, resistencias y dignidad. Petróleo, Río Magdalena, riqueza natural, miseria humana, injusticia, dolor, desarraigo, muerte...y desaparición son las duras realidades que se han vivido durante décadas en la región del Magdalena Medio, y que Sair García recrea en forma artística, pero sin incurrir en lo obvio, en la denuncia panfletaria, ni en la porno-violencia. Incluso, en las obras de *Éxodos* se utiliza como pigmento el petróleo, la sustancia más codiciada en el capitalismo contemporáneo, en torno al cual se han librado y se libran guerras, ocupaciones, y disputas geopolíticas en el mundo, a las que Colombia no ha sido ajena, y cuyo trágico resultado se expresa en la des-

trucción de la naturaleza y en la desolación humana que produce la violencia que acompaña a la extracción del “oro negro”.

Los hechos dolorosos que se viven en la región y que lo afectan directamente llevan a Sair García a efectuar una catarsis a través del arte, mediante la reconstrucción de sucesos desafortunados, que recrean en forma estética lo que ha sucedido en el país. En su caso personal indaga sobre esa tragedia cruel, esa agonía sin fin, que es la desaparición forzada. Este tema lo obsesiona, porque él mismo ha experimentado la angustia que ésta produce, debido a que el 9 de julio de 1988, cuando tenía 13 años, fue desaparecido su hermano Martín Ariza en Puerto Boyacá, la cuna del paramilitarismo. Este hecho influye en el tema escogido, ya que Sair se pregunta por qué desaparecen brutalmente a una persona y quiénes perpetran tan abominable crimen. Esta circunstancia marca al artista, de ahí su preocupación estética por la desaparición forzada, como lo plasma en diversos momentos de su obra.

Por ejemplo, en el 2004 en la exposición NN, Sair García evoca a los desaparecidos, mediante la instalación de un mausoleo en donde el espectador encuentra un halo de luz con la imagen de personas desaparecidas, y dicha imagen está hecha en vidrio cubierta con el reactivo pulverulento que se utiliza para la toma de huellas. Esos símbolos apuntan a mostrar que, a pesar de haber sido borrados de la faz de la tierra, los desaparecidos –registrados como NN en los cementerios–, han dejado una huella, que por tenue que sea produce un destello, una luz borrosa, que ilumina la memoria de sus deudos.

3

Sair García aborda en esta exposición –*Souvenir*– uno de los aspectos más terribles y desgarradores de la Colombia contemporánea, que nos hermana dolorosamente con otros países de América Latina y de otros continentes. Pese a la magnitud de la desaparición forzada en Colombia, es un tema tabú, que ha sido eludido por el Estado y no

se menciona en los medios de desinformación de masas (prensa escrita, radio y televisión), lo que produce una doble desaparición: la física y la de la memoria. Pese a que en Colombia se desaparezca a miles de personas, como una brutal expresión del *Terrorismo de Estado*, sin embargo un manto de impunidad encubre a los criminales, tanto en nuestro país como fuera de él. En efecto, cuando se habla de desaparición forzada vienen a la mente los sucesos de Argentina, Chile, Uruguay, Guatemala y más recientemente México, asociados en forma principal a dictaduras militares. El caso colombiano no se nombra como si en este país nunca se hubiera desaparecido a una persona o hubiera sido una práctica estatal o paraestatal aislada y excepcional.

Solamente los familiares de los miles de desaparecidos han sobrellevado el dolor de la pérdida y con dignidad libran una lucha pertinaz para reclamar ante el Estado por los suyos y a ellos se debe que se conozca la magnitud de tal crimen en nuestro país, aunque el tema de los desaparecidos nunca haya estado en la “agenda” informativa y sea ignorado por la gran mayoría de colombianos.

4

Para hablar de los desaparecidos es necesario remitirse a dos momentos de la historia contemporánea de Colombia. El primero la época de la Violencia (1945-1957), cuando fueron masacrados miles de colombianos, se expropiaron millones de hectáreas de tierras y fueron arrasadas a sangre y fuego vastas regiones del territorio nacional, como parte de la violencia sectaria de índole bipartidista, que finalmente consolidó el capitalismo, eliminó al gaitanismo como movimiento político y solidificó un imaginario anticomunista. En esa época flotaban los cuerpos de humildes labriegos colombianos en las aguas turbulentas de los ríos del centro del país. Esos cuerpos que se perdían aguas abajo o eran presa de las aves de carroña correspondían a los primeros desaparecidos –cuya cifra nunca se pudo establecer con precisión–, a los que sus familiares nunca pudieron encontrar y, en consecuencia, fueron pri-

vados de efectuar el duelo que se realiza con los muertos, de los que se tiene su cuerpo y al que se les puede dar la despedida definitiva. Humildes labriegos, arrancados a la fuerza de sus parcelas, fueron los primeros desaparecidos de la Colombia contemporánea, aunque en la época no se hablara de desaparición forzada.

Un segundo momento en la historia de la desaparición forzada en Colombia se inicia en 1977, cuando la bacterióloga Omaira Montoya Henao, luego de ser detenida por la policía, es desaparecida sin dejar rastro alguno. Eso sucedió el 9 de septiembre en la ciudad de Barranquilla, cinco días antes del Primer Paro Cívico Nacional. Esta mujer de 35 años trabajaba con los campesinos de la costa atlántica y los habitantes de los barrios populares de Barranquilla, a los que asistía medicamente. De Omaira Montoya se conserva una fotografía de la época en que fue desaparecida y años después esa misma imagen permanece inmodificable, como si se hubiera petrificado el tiempo. Así, detenida en el tiempo, es la imagen que nos queda grabada de una persona desaparecida, cuando hemos tenido la oportunidad de conocerla. Ese es el recuerdo personal que yo guardo, por ejemplo, de Alfredo San Juan –desaparecido en 1982–, al que nunca frecuenté pero sí sabía quién era porque traté personalmente a uno de sus hermanos. Lo vi en varias ocasiones en la Sede Panamericana de la Universidad Distrital, en el Barrio San Fernando, unas veces descansando en el prado y una vez le escuché una sonora carcajada, que retumba en mi cerebro cada vez que lo recuerdo o veo su fotografía en algún lugar, cuando se evoca a los desaparecidos. Y esa imagen es la que conservo en mi memoria a pesar de que han pasado unos 35 años.

Con Omaira Montoya se abre la caja de pandora de la desaparición forzada en Colombia cuyos responsables han extraviado, en las últimas cuatro décadas, en *la noche y la niebla* por lo menos a cincuenta mil colombianos, según cifras del Registro Nacional de Desaparecidos hasta noviembre de 2011. En ese mismo año la Fiscalía reportó que entre 2005 y 2010 habían

sido desaparecidas 34.467 personas por parte de grupos paramilitares. Entre los casos más emblemáticos se encuentran las once personas que fueron desaparecidas por las Fuerzas Armadas en los sucesos del Palacio de Justicia en noviembre de 1985 y los 43 desaparecidos de Bello (Antioquia) el 14 de enero de 1990. Las cifras mencionadas más arriba indican la magnitud, subestimada por lo demás, de la desaparición forzada en Colombia, que sobrepasan de lejos a los desaparecidos por la última dictadura argentina, lo que muestra la dimensión de este crimen estatal y paraestatal.

5

¿Por qué se recurre a la desaparición forzada en Colombia? y ¿quién la lleva a cabo? Estos asuntos no son de difícil respuesta, si tenemos en cuenta lo que ha sucedido en Colombia en las últimas décadas, cuando el Terrorismo de Estado procedió a eliminar a quienes fueron considerados como sus “enemigos”, entre los que se encuentran dirigentes sindicales, líderes campesinos e indígenas, estudiantes y profesores críticos, defensores de derechos humanos, activistas políticos de izquierda... Todos ellos han soportado la desaparición forzada, ejercida como una práctica recurrente por el Estado colombiano y los paramilitares, con el fin de eliminar a los sujetos que puedan encarnar otro país y crear terror entre los sobrevivientes, para que no luchen, se enmudezcan y sean seres pasivos y resignados. Porque los desaparecidos por razones políticas –que son la gran mayoría– no eran “inocentes”, si por tal se entiende que ellos soñaban con un país distinto, y según las palabras de Juan Gelman, les “dolía la pobreza, la ignorancia, el sufrimiento ajeno, la estupidez, la explotación de los poderosos, la sumisión de los débiles”, puesto que no puede afirmarse la “inocencia” del hambre, la pobreza, la explotación de millones de seres humanos, su humillación y marginalidad”.

La desaparición forzada origina entre los familiares un dolor constante, una herida nunca cerrada, un capítulo sin punto final, una incertidumbre absoluta porque no hay ni muerte física ni legal, una duda perpetua. Por esa duda que



Ilustración: Sair García

carcome el alma de los familiares del desaparecido, resulta ser un gran acontecimiento –por cruel que suene– encontrar los restos de su ser querido, porque, como lo ha dicho el poeta argentino Juan Gelman, padre del joven Marcelo Gelman, asesinado y desaparecido por la dictadura argentina en 1976, y cuyo cuerpo fue encontrado en 1989: “Ahora tiene sepultura y es éste un hecho sumamente importante para un padre huérfano de hijo, como soy, *porque el rescate de sus restos fue el rescate de su historia*”.

Justamente, de lo que se trata con la desaparición física de los cuerpos de esos seres humanos es borrar sus historias personales, para que de ellas no quede la menor huella, tal y como si no hubieran pasado por este mundo, sino que fueran sombras imaginarias, que solo habitan en la mente de sus familiares. En Colombia, como en todos los lugares donde la desaparición se convirtió en una historia habitual, el Estado es tan criminal que desaparece a las personas que luchan y piensan y también *hace desaparecer a los desaparecidos*, que no son noticia ni nunca se nombran, como si en verdad nunca hubieran existido.

Agradecemos el esfuerzo estético y creador de Sair García al recordarnos a través de 160 rostros que exhibe en *Souvenir* una de las facetas más crueles del Terrorismo de Estado en Colombia y por brindarle al espectador

la oportunidad de mirar en el rostro de los desaparecidos y sorprenderse con sus gestos y movimientos, con lo que el artista quiere recordar que siguen vivos en la memoria de quienes los conocieron y no los olvidan, aunque nunca más los hayan vuelto a ver, como ejemplo palpable de que no aceptan ni la impunidad, ni la mentira del Estado terrorista. Pero, además, reconozcamos el noble gesto de solidaridad fraterna de Sair al donar, conceder como regalo (que es el otro significado del término *souvenir*), a los familiares de cada uno de los desaparecidos rememorados en la exposición, un objeto que evoca a sus seres queridos, de los que no tienen noticia desde el tenebroso día o noche en que fueron raptados y luego desaparecidos. Porque los desaparecidos tienen rostro y su memoria alimenta en el presente el proyecto de una Colombia diferente, con el que soñaron y lucharon, como lo evoca el poeta Gelman, cuyos cantos rememoran a los miles de desaparecidos en Argentina pero también de Colombia:

los sueños rotos por la realidad
 los compañeros rotos por la realidad/
 los sueños de los compañeros rotos
 ¿están verdaderamente rotos/perdidos/nada//
 se pudren bajo tierra?/ [...]//
 ahora son pedacitos desparramados bajo todo
 el país
 hojitas caídas del fervor/la esperanza/la fe/
 pedacitos que fueron alegría/combate/
 confianza
 en sueños/ sueños/ sueños/ sueños//
 y los pedacitos rotos del sueño/se juntarán
 alguna vez?
 ¿se juntarán algún día/pedacitos?
 ¿están diciendo que los enganchemos al tejido
 del sueño general?
 ¿están diciendo que soñemos mejor? ■